

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white sans-serif font on a solid blue rectangular background.

Droga, violencia, criminalidad y Teoría Crítica del Sujeto [Drugs, violence, crime and Critical Theory of the Subject]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy
of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Rodríguez-Rabanal, César
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-12 06:33:05
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221004

Droga, violencia, criminalidad y Teoría Crítica del Sujeto

Rodríguez-Rabanal, César

César Rodríguez Rabanal: Médico psicoanalista peruano, uno de los directores del «Centro Psicoanálisis y Sociedad» de Lima. Entre sus publicaciones figuran los libros *Las cicatrices de la Pobreza*, publicado por NUEVA SOCIEDAD, y *Sobre la dimensión psicosocial de la violencia en el Perú*.

A partir del contexto específico de la sociedad peruana, se abordan los lazos de interdependencia con las sociedades industriales. Temas de relevancia social como la droga, la violencia y la marginalidad sirven de telón de fondo de las reflexiones que se desarrollan, sustentadas en la Teoría Crítica del Sujeto. La moderna civilización industrial pone el afán de lucro en el centro de toda preocupación, desconectando al individuo de sus auténticas necesidades. A superindividualismo de la sociedad de consumo - y cada vez más, también de las urbes pobres latinoamericanas - se contraponen la idea del individuo inmerso en un entorno, responsable frente a sí mismo y a los demás.

La droga y la violencia en el caso de un país del Tercer Mundo son formas de expresión de la pobreza, de la marginalidad. Una constatación tan evidente no debe ser entendida en términos de una simple relación de causa-efecto. Por el contrario, nos encontramos ante una intrincada red de mediación, algunos de cuyos hilos intentaremos identificar y abordar en este artículo, desde la perspectiva psicosocial.

La maraña de la droga nos conduce directamente a la interdependencia con el mundo desarrollado y nos obliga a buscar conexiones entre la violencia propia de nuestra pobreza extrema y la de las urbes industriales, la de las disputas del mercado de la droga o la de la desesperación de los adictos. En ambos mundos hay una tendencia común: el Estado y la sociedad quedan paralizados, impotentes y reaccionan con violencia frente a la violencia, que se traduce en leyes draconianas, en una mayor severidad policial o militar, en fin, en una reacción represiva que perpetúa la violencia, en vez de incitar a una reflexión sobre lo que estos fenómenos sociales dicen de nosotros mismos, de las instituciones que hemos creado para regu-

lar nuestra vida, de la calidad de nuestras relaciones interpersonales, del vínculo con nuestra propia persona.

También suele haber indiferencia en los Estados ricos frente a la miseria del Tercer Mundo. Nuestra deuda externa crece geométricamente, pero asimismo, engordan las cuentas privadas en el exterior de quienes sacan provecho de la pobreza de sus compatriotas. Cuando los ricos ayudan a los pobres, lo hacen generalmente en términos paternalistas, caritativos, no de corresponsabilidad frente a las dificultades. De pronto aparece un nuevo factor que podría dar otro giro a las cosas, que podría, en términos crudamente concretos, exigir una revisión. Los EE.UU. y, últimamente, los países europeos, se ven confrontados con la droga, que suele ser producida en los países pobres, dependientes y que amenaza con destruir sectores de su juventud, con echar a tierra «el paraíso de la abundancia».

Se trata de la gran oportunidad de replantear los términos de la cooperación, de dar el salto cualitativo de la indiferencia o caridad a un mayor nivel de conciencia respecto de la interrelación entre los pobres y los ricos. La droga representa un hecho tan dramático que corroee los cimientos de la sociedad. No obstante, o quizás por ello precisamente, habría que valerse de este mismo hecho para sacudir de su letargo a los que asumen que la pobreza es asunto de los pobres y que quienes todo tienen pueden sentirse satisfechos, protegidos por un buen Dios que premia el esfuerzo y la virtud.

Hasta ahora, lamentablemente, nada parece indicar que se esté produciendo algún cambio sustancial en esta actitud. Por el contrario, aparecen los viejos métodos: el culpable siempre es el otro y, mejor, si está lejos y pertenece a esos países de «opereta», donde supuestamente rige la ley de la selva. Así, hace algunas semanas, el alcalde de Washington pidió que interviniese el ejército norteamericano para «extirpar las raíces del mal», es decir, que se aniquilen los cultivos en las selvas boliviana y peruana para salvaguardar a la juventud de su ciudad.

Un historial de siglos

En el caso de Perú, tanto la violencia como la coca son tan antiguas como el país mismo. Sin embargo, sólo al producirse el encuentro, o desencuentro, con el mundo occidental adquieren connotaciones que nos conducen a la situación actual. Cuando los españoles llegaron al mundo andino encontraron pugnas entre el Estado y los campesinos y entre los diversos grupos étnicos que soportaban formas autoritarias de cohesión. Alberto Flores Galindo, al igual que otros historiadores, se-

ñala que la violencia que trajo la Conquista significó un cambio radical en esta situación, que se materializó en la terrible catástrofe demográfica ocasionada por la Conquista, una de las mayores de la historia de la humanidad. Las sociedades andinas van a tener que esperar hasta el siglo XX para recuperar el nivel demográfico que tenían al momento de la llega de los europeos.

«Se instaura una dominación colonial que tendrá como elemento central la imposición de unos sobre otros; personas diferenciadas no sólo por su procedencia económica, por títulos nobiliarios, sino también por su cultura o su condición étnica. Esta dominación colonial no será abolida por la independencia. Es más, algunos rasgos del mundo colonial se van a acentuar durante el período republicano, en particular la jerarquización étnica. El Perú del siglo XX es una sociedad donde el racismo como criterio de dominación social tendrá una presencia mayor que la que tenía en la época colonial»¹.

El consumo de coca, el chacchado, tiene también una tradición milenaria. Ha formado parte de la cotidianidad, inmersa en rituales, sometido al control social. Los cultivos legales de coca de la región de La Convención y Lares y la pervivencia del hábito del chacchado dan cuenta de este hecho. Recién cuando el científico alemán Albert Niemann aísla la cocaína, que empieza a ser producida en el año 1862, se sientan las bases de lo que décadas después habría de convertirse en el azote actual. Asimismo, la producción de coca adquiere los niveles actuales cuando crece la demanda en las urbes industriales.

No pretendemos dibujar una imagen simplona de adjudicación unilateral de culpa postulando nuestra inocencia, imaginando nuestro pasado exento de lacras. Se trata de la mezcla explosiva del encuentro de dos culturas, con las grandiosas opciones de un mestizaje inédito, de un lado, y con el gravísimo peligro de estallido social, de otro. Accedemos en principio a la cultura occidental, que llega con el tiempo a desarrollar una concepción del individuo, de la vida cercana a las potencialidades más auténticas de desarrollo. Pero el tránsito se produce con violencia.

Asumimos la cultura a través de métodos que la niegan en esencia, llevando de este modo en nuestra partida de nacimiento el sello de la «identificación con el agresor», y mecanismo de defensa (según el psicoanálisis). Nos quedamos estancados, a caballo entre la modernidad y la premodernidad. Lo más valioso del Occidente, el Renacimiento, y la Ilustración llegan muy tenuemente a nuestras costas o

¹Alberto Flores Galindo: Publicaciones IDL, Lima, 1988.

casi no llegan, pero sí lo hacen el claroscuro barroco, la cruz y «la cultura de la culpa»².

Llega y se establece en nuestros predios la irracionalidad y, en escasísima medida, la reflexión esclarecedora. Frente a la razón de Descartes, en nuestros medios intelectuales se impone el dogmatismo de los neoescolásticos. La Edad Media que declina en Europa, amanece en el nuevo continente.

Auri Sacra Fames

En el centro de cualquier reflexión sobre el fenómeno sociopolítico de la droga, así como de la violencia y de la marginalidad en su versión contemporánea, está el motor que mueve y en el que confluyen las pasiones: el «auri sacra fames» (la sagrada hambre de oro). Nuestras sociedades están organizadas alrededor de esta diosa todopoderosa que parece encarnar tan orgánicamente lo concreto y que, no obstante, es depositaria de ilusiones desmesuradas, de proyecciones gruesamente distorsionadas. Se ha producido un desplazamiento de consecuencias funestas para el individuo, como punto de confluencia de lo concreto, en el que se superponen todos los planos de la realidad, hacia la ganancia, hacia ese afán de lucro que hemos denominado «auri sacra fames», en virtud de la cual se asesina, se permite el hambre de millones de personas.

Esto no deja de ser cierto, pese a la existencia de un complejísimo tejido de racionalizaciones que sirven para justificar el reino de la plusvalía. Según éstas, sin ella no habría iniciativa, se propiciaría la apatía, la competencia estimula la creatividad, etc. Sin pretender ingresar a la discusión sobre la validez de tales postulados, sí se puede constatar que hace ya tiempo el individuo, el ser humano, se ha convertido en furgón de cola del afán de ganancia, que la pantalla proyectiva de sus más recónditos anhelos es lo único que se ve y que el proyector mismo se confunde con la oscuridad.

De lo anterior se desprende que seguiremos en un callejón sin salida, si continuamos pensando que el abuso de las drogas, la violencia y la pobreza son fenómenos aislados que el sistema - que no es puesto en cuestión - debe «extirpar». Se trataría, según esta versión, de excesos desencadenados por fuerzas malignas, ajenas a nosotros mismos, que corrompen a nuestros jóvenes o de insuficiencias de coetáneos exóticos, incapaces de organizar racionalmente su vida colectiva, que necesitan - en el mejor de los casos - aprender la lección de quienes sí han logrado el progreso del

²Alexander Milscherlich: La idea de la paz, Ed. Taurus, Madrid, 1973.

mundo industrial. Y - ¡qué duda cabe! - hay logros innegables y, a pesar de la alienación consumista, hay potencialidades rescatables de humanización de la vida cotidiana, de preocupación mayor por los congéneres. Especialmente en algunos países de Europa Occidental surgen grupos políticos con una visión realmente diferente de las cosas. Ello nos hace albergar alguna esperanza sobre el futuro.

Empero, no daremos el gran salto liberador mientras se siga pensando en términos atomísticos, aspirando a aislar en el cerebro de los adictos la sustancia misteriosa que explique el consumo, o de encontrar la fórmula terapéutica, descubriendo en la dinámica familiar la conducta, la actitud clave del problema; o, en relación con nuestra marginalidad y nuestra violencia, calculando los millones de dólares que necesitamos o los armamentos y policías y/o militares para combatir la violencia.

No pretendemos desautorizar estos esfuerzos, en muchos casos necesarios. Los psicoanalistas, que con tanta frecuencia y empeño nos detenemos en el análisis de las particularidades, tal vez seamos los menos indicados para hacerlo. Lo que proponemos es que si no contextuamos adecuadamente estos esfuerzos, hasta llegar al meollo mismo del problema que consiste en colocar la ganancia por encima del individuo, resultarán siempre vanos, ingenuos o encubridores de un orden injusto para todos, incluso para quienes parecen resultar beneficiados.

Este planteamiento está lejos de una visión idílica del individuo. Partimos, por el contrario, siguiendo la tradición freudiana, del presupuesto de la naturaleza conflictiva del sujeto, del proto-conflicto entre el principio de placer y el principio de realidad. El individuo es la resultante de una formación de compromiso dependiente, sin conciencia de lo que hace y produce, dominado por las condiciones que él mismo genera. Ha tenido, para poder convivir con sus congéneres, para dar paso a la cultura, que postergar la satisfacción de sus necesidades instintivas: al principio de placer ha tenido que contraponer el principio de realidad. En el camino, sin embargo, ha asumido como constitutivo del principio de realidad renunciaciones, sacrificios en beneficio de una minoría dominante, pero, al final de cuentas, en detrimento de todos, porque lo que entonces se entroniza es el odio agazapado de todos contra todos, de unas partes de nuestro «self» contra las otras.

Demasiado lejos

Evidentemente, el comercio de la droga está muy cerca del comercio legal. El dinero es el mismo, venga de donde venga. Los mismos que se horrorizan ante el imperio de la droga, forman parte de su circuito internacional: banqueros, hoteleros,

sindicalistas, políticos, etc. En sociedades como la nuestra, donde el sector formal se vale también del informal, donde las empresas del Estado y los bancos se proveen de divisas «del monte» (de la droga), resulta grotesco lanzar exclamaciones de rubor o de condena moral ante fenómenos aberrantes de los que todos somos partícipes, activa o pasivamente, consciente o inconscientemente.

De otro lado, resulta significativo que uno de los países asiáticos de reciente prosperidad económica dentro del sistema, que los acólitos del neoliberalismo nos suelen presentar como modelo codiciable, sea uno de los puntos de distribución más significativos de heroína y armas asesinas: con la eficiencia de las grandes empresas industriales se comercia con la muerte.

Sectores crecientes de la población viven en el Perú de los últimos quince años excluidos de la posibilidad de satisfacción de sus necesidades básicas y lejos de la cobertura regulativa del Estado. Es decir, no reciben, o lo hacen muy precariamente, los beneficios elementales de aquél, pero tampoco rigen para ellos leyes de estirpe consensual, más bien imposiciones de grupos con intereses particulares, desentendidos de la búsqueda del bienestar general. El PBI crece en un promedio del 1 por ciento anual y la población en un 2,6 por ciento. Una corriente masiva de migración interna del campo a la ciudad como consecuencia del empobrecimiento cada vez mayor del mundo rural conduce a aglomeraciones, hacinamientos humanos que rebasan toda posibilidad de contención de nuestra frágil sociedad. En este escenario de violencia estructural³ se genera la personalidad del individuo proclive a la violencia. Nacemos con un potencial de impulsos agresivos y libidinosos que pueden ser canalizados hacia metas constructivas si contamos con la presencia constante, fiable de un adulto (madre, padre o persona encargada del cuidado del niño).

La realidad de la pobreza extrema suele tituir un ámbito antagónico al facilitador del desarrollo emocional. Los padres, los adultos en general, viven apremiados, no tienen la capacidad de acompañar empáticamente el desarrollo del niño. Optan por la actitud autoritaria, esquemática o, simplemente, se desentienden del infante. Este queda entonces empantanado en su desarrollo. La agresión que potencialmente es el motor «del bien», de la creatividad o «del mal», se reduce a esta última opción. La tendencia a actuar los impulsos destructivos constituye el rasgo fundamental de la violencia a nivel del individuo. La disposición individual a la violen-

³Término controvertido, que no obstante refleja una situación de violencia latente, generada en profundos desequilibrios estructurales del sistema.

cia en el contexto de pobreza extrema tiene, pues, anclajes estructurales que no pueden ser entendidos a partir de ecuaciones simples, lineales.

El agotamiento de las potencialidades psíquicas de desarrollo del individuo en estrategias de supervivencia constituye el ámbito más propicio para la reproducción y perpetuación de violencia, el imperio de la muerte. Aquí la vida no vale nada. Florecen, de un lado, proyectos políticos con modalidades de acción crecientemente cruentas, sustentadas por una racionalidad que no considera que, tarde o temprano, la destrucción conduce a la autodestrucción y viceversa y, de otro, el Estado apenas puede ser diferenciado de aquéllos. Se produce una suerte de competencia tanática en la producción de atrocidades. Esta violencia encuentra siempre motivos para justificarse.

El proceso de anomia social, de descomposición generalizada, se expresa de varias formas que, a su vez, retroalimentan la violencia y dan cabida al incremento de la producción y consumo de la droga: la corrupción que atraviesa todos los estamentos sociales, la informalización de la economía y del trato social, el deterioro de las relaciones interpersonales crecientemente mezquinas. La solidaridad, una de las formas más logradas de conducta humana, deriva hacia el «cierrafilas» frente al enemigo común, generando una dinámica que transforma en crónico el esquema amigo-enemigo. Este parece ser un elemento decisivo en la alianza relativamente reciente que se ha producido en la ceja de selva peruana entre los campos productores de la coca, los comerciantes de la misma y los grupos subversivos.

Frente a ellos está el Estado precario, corrupto, desconectado de la sociedad, contra el que estos grupos luchan para derrumbarlo y erigir uno diferente, o de cuyo control hay que sustraerse para realizar sin mayores interferencias tan rentable negocio.

Más allá: la selva

La última década y media de pobreza extrema, de crisis estructural, que tiende a eternizarse y a «hacer entrar en crisis el concepto mismo» (Carlos Franco, 1988) ⁴, del inicio de las acciones de violencia política de mayor envergadura de nuestra reciente historia, es también la época del boom de la droga sudamericana. Los suburbios de las urbes norteamericanas se llenan de crack, que desplaza de la cabeza del ranking a la heroína.

⁴Carlos Franco: Publicaciones IDL, Lima, 1988.

Los campos de la ceja de selva, del subtrópico peruano (y también del boliviano), se pueblan de campesinos andinos que esta vez no migran a la ciudad, donde cada vez hay menos para distribuir entre más personas. Llegan también a la selva, con frecuencia, en modernos aviones que aterrizan en aeropuertos clandestinos, los narcotraficantes colombianos. Juntamente con sus homólogos peruanos de menor envergadura, explotan a los campesinos, les imponen condiciones arbitrarias en medio de absoluta impunidad. Aquí, sí rige la ley de la selva. Los escasos representantes del Estado, de la legalidad, se coluden con los intereses de los poderosos narcotraficantes. Se dictan leyes rigurosas que, en el Alto Huallaga, región amazónica de gran concentración de cultivos de coca, rápidamente se selvatan. Aparece entonces Sendero Luminoso y asume el arbitraje protegiendo a los campesinos productores, cobrando cupos a los narcotraficantes, fortaleciendo de esta manera su logística y concentrando consecuentemente sus acciones en uno de los puntos más frágiles del sistema, allí donde el afán de ganancia, tan caro a su ideología, muestra una faceta que puede constituir el germen de su propia destrucción. El sueño del poder absoluto del dinero se acerca peligrosamente al éxtasis de la droga. La opción de obtener rentas inauditas en brevísimo tiempo corresponde a la necesidad de alcanzar «alturas» exorbitantes en lapsos cada vez más cortos. En ambos casos, el poder adictivo es enorme: más y más dinero y más y más droga. El campesino que produce café, cacao, maíz, puede alcanzar, en el mejor de los casos, beneficios tres o cuatro veces menores que los que obtiene por la venta de coca al narcotraficante, que llegan a cifras astronómicas de ganancia en impensables tiempos frente a cualquier otra mercancía.

Es conocida también la dependencia adicta del Estado peruano de las divisas que provienen del narcotráfico y que constituyen entre un cuarto y un tercio del volumen de las exportaciones (entre 600 y mil millones de dólares). ¡Qué círculo vicioso el que se genera! Precisamente, entre otras razones, debido a la pobreza, se dan las condiciones del crecimiento de la producción de la coca. Esto conduce a que nuestra economía dependa cada vez más del dinero del narcotráfico, lo cual agudiza las condiciones que sustentan nuestra pobreza moral y material, sembrando vanamente la ilusión de llegar a través de ellas al bienestar.

El trabajo cotidiano arduo, pero, en principio, capaz de brindar gratificaciones materiales y espirituales, cede ante la posibilidad del individuo de convertirse en protagonista de un cuento de hadas; más aún, en el caso de nuestros países, donde jamás existió la opción de progreso verdadero bajo premisas de justicia e igualdad de oportunidades. No existen huellas mnémicas en la historia individual y social de desarrollo y realización personal y colectiva en un contexto de trabajo discipli-

nado y de convivencia racional. Entre nosotros, la droga y la violencia ocupan espacios casi vacíos; constituyen los ingredientes únicos de la cotidianidad de muchos. Los campesinos, sempiternos explotados, evidentemente no acceden al bienestar. El dinero lo utilizan para adquirir víveres a altísimos precios u objetos superfluos del mundo del consumo. No pueden sentarse las bases de una vida colectiva con suficiente calidad y justicia, porque el torbellino del dinero rápido propicia el cuentapropismo, los aleja de la opción de organización social en torno a las necesidades auténticas de todos.

La otra jungla

En las metrópolis industriales, sobre todo en las norteamericanas, donde hay muchos pobres y en las que el sentimiento de que la realización del gran «sueño americano» con el que han crecido o en cuya búsqueda han llegado a ese país resulta inalcanzable, allí precisamente donde la droga y la violencia constituyen las dos caras de la misma medalla, donde no hay puntos de apoyo verdadero, allí se dan, salvando las distancias, condiciones que recuerdan a las de nuestra realidad.

A ello se añade en el mundo desarrollado y crecientemente entre nosotros el papel que juega la propaganda en la preparación del terreno para la extensión de la droga. Los modelos que el cine y la televisión difunden son aquellos que acentúan los rasgos de personalidad heroica caracterizados por la valentía, el amor al riesgo, las experiencias sensoriales alcanzadas por fármacos que influyen sobre un estado de ánimo permanentemente condicionado por las tensiones propias de un sistema altamente competitivo. En estas ciudades también hay informalidad y corrupción extendida, pero, simultáneamente, existen instituciones como la justicia que, dentro de las contradicciones del sistema que las sustenta, no se identifican, como sí sucede en nuestro medio, con el poder del narcotráfico, encarnando algo del espíritu de la Ilustración, antagónico a la violencia indiferenciada.

Sin embargo, resulta evidente que el deterioro o la no consolidación de las instituciones en nuestra sociedad es la parte «fea» de ese mismo sistema, que, en las metrópolis industriales, ha hecho posible que instancias de regulación de la vida cotidiana comprendan a la mayoría de la población.

El superindividualismo, opuesto a la idea del desarrollo que parte del individuo inmerso en su entorno, y responsable ante sí mismo y ante los demás, es el eje en torno al cual gira la sociedad de consumo (con su versión extrema, la norteamericana), y no propicia, precisamente, la toma de conciencia respecto de la interdepen-

dencia entre el mundo externo y el interno. Al no concebir ellos al individuo como punto de confluencia, de superposición de los diferentes planos de la realidad y, sobre todo, al no experimentar esto vivencialmente sino, más bien, como una mónada, un átomo, difícilmente van a percibir los problemas de los ciudadanos de los ghetto negros o latinos de las urbes americanas, o de turcos, yugoslavos, indios o paquistaníes de las europeas, para mencionar algunos, como directamente conectados con su propia persona. Mucho menos van a sentir la pobreza, la violencia o el subdesarrollo de los países productores de la droga como parte de su vida.

La disminución del consumo de droga en la clase alta y media norteamericanas contrasta con el incremento en la clase baja. En los países desarrollados pese al boom económico, las altas tasas de desocupación están tornando crónico el problema del desempleo. Esto da qué pensar y sugiere la posibilidad de que el sistema se encuentre estructuralmente incapacitado para solucionar, al igual que en el mundo no desarrollado, algunos de los problemas fundamentales del hombre. Es, pues, en la pobreza, entre los débiles, donde la droga se vuelve un problema crónico, cerنيéndose el peligro de que la sociedad en su conjunto la margine de su interés.

La comercialización de la droga se realiza según las leyes que rigen el mercado; oferta y demanda. Si la mafia surge como poder organizado en los EE.UU. en relación con la prohibición del consumo de alcohol, los carteles de la droga funcionan a semejanza de las transnacionales. El circuito de comercialización de la coca tiene antecedentes operativos concretos. Para atraer el flujo de capitales que huyen de América Latina se instalan, por ejemplo, en los bancos de Miami, departamentos especiales. El contrabando de oro, esmeraldas o dinero que evade las paupérrimas arcas fiscales de nuestras débiles naciones o que es el producto de la corrupción estatal y de los grupos económicos de poder alrededor de éste, abultan también los depósitos en los grandes bancos. Cuando la droga invade los EE.UU., lo hace sobre rieles previamente aceitados: hay redes de contactos a todo nivel, conexiones bancarias, etc. ¿Cómo, entonces, no hay corresponsabilidad respecto de las gangrenas de nuestra sociedad: droga, pobreza cada vez mayor, desigualdades abismales dentro de nuestros países, violencia asesina?

En Europa se recogen en la actualidad los frutos de los esfuerzos políticos de integración, de un lado, y de distensión, de otro. En el año 1992 desaparecerán los controles en las fronteras entre los países de la Comunidad Económica y, paulatinamente, ya se destierra, gracias a los vientos de renovación en la mayoría de los países del bloque oriental, la llamada «cortina de hierro». Se produce un acercamiento mayor entre estos pueblos, marcando con ello un hito en la historia pacífica de la

humanidad. Evidentemente, este hecho, que colma tantas aspiraciones, genera dificultades, demostrando que no es expresión cabal de altos niveles de madurez de esos pueblos. Por ejemplo, encuestas recientes realizadas en la RFA muestran el rechazo que producen en la población los extranjeros que migran a su país. Al igual que sus vecinos franceses y los insulares británicos, sienten amenazada su seguridad ante la cercanía de seres diferentes a ellos. Este hecho es particularmente notorio y adquiere connotaciones racistas cuando el rechazo mayor se refiere a los pobres del Tercer Mundo. Resulta casi insoportable asumir el hecho de que cuanto mayor es la riqueza propia y la pobreza de los otros, mayor también es el «peligro» que representaría la apertura de las fronteras, pues, junto con los pobres que lleguen, arribaría también el producto más nocivo producido por ellos para los ricos: la droga.

Problema de todos

Es inaceptable, pues, reducir problemas tan complejos como los que nos ocupan a la división esquemática entre los países productores y los consumidores, los desarrollados y los subdesarrollados. Hay quienes absurdamente, explícita o soterradamente, piensan que las drogas que producimos sirven para vengarnos de los ricos. Un conocido narcotraficante colombiano llegó a sostener, al ser apresado en los EE.UU., que se había propuesto destruir a través de la droga el poder imperialista norteamericano. Baste señalar la experiencia de algunos países asiáticos productores de heroína, donde el consumo de la droga gana terreno continuamente. Malasia, Tailandia y Paquistán dan cuenta de ello. La droga es un boomerang. El consumo inicial en los países productores de coca, como el nuestro, puede ser relativamente pequeño, mas, una vez que la droga se extiende en el exterior, el consumo, como manifestación de un modo o estilo de vida «superior y deseable», se incrementa en nuestros países. De hecho, en nuestro trasfondo citadino, en las barriadas y tugurios de la capital, la pasta básica de cocaína se ha convertido ya en una lacra significativa. El problema no tiene la resonancia que debería tener, pues el PBC «compite» con el alcohol y con otras lacras de magnitud semejante: hambre, enfermedades, abandono.

Plantearse dentro del marco conceptual del Psicoanálisis Crítico, el problema de la droga, la violencia y la marginalidad supone un intento de desentrañar los enigmas que amenazan la vida. Siguiendo a G. H. Dahmer⁵, postulamos que los productos de nuestra praxis, las instituciones de la historia social, devienen enigmáticas como resultado de la inconciencia de su producción. Tales instituciones apare-

⁵G. H. Dahmer: Tesis sobre la investigación psicoanalítica en las ciencias sociales, Hamburgo, 1988.

cen como naturaleza ante nosotros, sustrayéndose a nuestro control y a toda posibilidad de revisión. Es preciso pues, trabajar para el logro de mayores niveles de conciencia, para rescatar nuestras vidas.

Referencias

- *Dahmer, G. H., TESIS SOBRE LA INVESTIGACION PSICOANALITICA EN LAS CIENCIAS SOCIALES. - Hamburgo. 1988;
- *Flores-Galindo, Alberto, PUBLICACIONES IDL. - Lima. 1988;
- *Franco, Carlos, PUBLICACIONES IDL. - Lima. 1988;
- *Mc-Gregor, Felipe, DER SPIEGEL: «DIE WELTMACHT DROGE». SERIE. 45-52 - Lima, Perú, Ed. Fundación Friedrich Ebert. 1985; 7 ensayos sobre la violencia en el Perú.
- *Milscherlich, Alexander, LA IDEA DE LA PAZ. - Ed. Taurus, Madrid. 1973;
- *Trebach, Arnold, THE GREAT DRUG WAR. - Mac Millan Publishing Co.. 1989;